

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897)

Teresa Martin nació en Alenzón, en Francia, el 2 de enero de 1873, hija de Louis Martin y Zélie Guérin, canonizados en 2015. Después de la muerte de su madre, acaecida el 28 de agosto de 1877, Teresa se mudó con su familia a la ciudad de Lisieux. La maduración humana y espiritual de Teresa se vio acompañada de algunas gracias extraordinarias que le permitieron crecer en la conciencia de la infinita misericordia divina que espera ser reconocida y escuchada por cada hombre. En el día de Pentecostés de 1883 tuvo la gracia particular de curarse de una enfermedad grave, por intercesión de Nuestra Señora de las Victorias; en 1884 recibió su primera comunión y experimentó la gracia de la unión íntima con Cristo.

El gran deseo de seguir a sus hermanas Paulina y María dentro del Carmelo de Lisieux, en la opción de la vida contemplativa, la llevó a implorar con valentía al papa León XIII –aprovechando una peregrinación a Italia y la audiencia que el Papa concedió a los fieles de la diócesis de Lisieux– el permiso de ingresar en el Carmelo con tan solo 15 años. Tras haberlo obtenido, entró en el monasterio en 1888 y profesó sus votos el 8 de septiembre de 1890.

Su camino de santidad se fortaleció confiando plenamente en Dios en los momentos de mayor prueba, tal como nos ha confirmado a través de sus *Manuscritos*, sus *Cartas* y sus *Oraciones*. Su doctrina también se evidencia a partir de los poemas y de las pequeñas representaciones teatrales que escribió para las recreaciones con las Hermanas. Como colaboradora en la formación de las novicias, se comprometió a transmitir sus experiencias espirituales condensadas en *El Caminito de Infancia Espiritual*. También recibió la tarea de acompañar con el sacrificio y la oración a dos «herma-

nos misioneros», una oportunidad para consolidar la vocación apostólica y misionera que la empujaba a arrastrar a todos con ella, al encuentro del Señor sediento de almas.

El 3 de abril de 1896, durante la noche entre el jueves y el viernes santo, tuvo una primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte. En este período comprendió definitivamente cuál era su vocación dentro de la Iglesia como un corazón palpitante que es amado, ama y hace amar. Trasladada a la enfermería por el agravamiento de su salud, murió el 30 de septiembre de 1897, con tan solo 24 años de edad. Como ella misma declara en la oscura noche de la fe: «No muero, entro en la vida», pronunciando las palabras: «Dios mío, te amo».

Canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío XI, dos años después fue proclamada Patrona universal de las misiones junto con san Francisco Javier. San Juan Pablo II, el 19 de octubre de 1997, la proclamó Doctora de la Iglesia. Su fiesta litúrgica se celebra el 1 de octubre.

En el *Manuscrito C de Historia de un alma*, escrito autobiográfico de santa Teresita, aparece descrita la fuerza con la que Dios la atrae hasta la cumbre de su unión con Él: «Comprendo, Señor; que cuando un alma se ha dejado cautivar por *el olor embriagante de tus perfumes*, ya no podría correr sola; todas las almas que ama son atraídas en pos de ella. Esto se hace sin violencia, sin esfuerzo, es una consecuencia natural de su atracción hacia ti. Lo mismo que un torrente que se arroja impetuosamente en el océano, arrastra tras de sí todo lo que encontró a su paso, así también, ¡oh Jesús mío!, el alma que se arroja en el océano sin límites de tu amor, arrastra consigo todos los tesoros que posee... Tú sabes, Señor, que no poseo otros tesoros que las almas que has querido unir a la mía»¹.

El ardor de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz se exalta y alimenta de la vida de unión con el Señor mediante la oración constante, la meditación de su Palabra y la vida sacramental y la fraternidad vividas en el monasterio. La contemplación es una forma de desarrollar una com-

¹ TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid, 2007, 341-342.

pasión más profunda por todas las realidades. Los que se convierten en propiedad absoluta de Dios se hacen también un don de Dios para todos, y su existencia, totalmente entregada al servicio de la alabanza divina en la gratuidad, anuncia y difunde por sí misma la primacía de Dios y la trascendencia de la persona humana, creada a su imagen y semejanza. El ardor de esta pequeña gran santa se expresa en su total confianza en Dios y en el deseo de extender a todos los hermanos su experiencia de encontrarse con él, en un abrazo universal de comunión. Ella ve en la confianza en Dios un poderoso medio de conversión; viviendo para responder al deseo de Jesús de ser amado, ella quiere amarlo y hacerlo amar, hacerlo amar por amor. El mayor deseo de Teresa, la santidad, es inseparable del deseo de salvación para todos sus hermanos, con una particular atención hacia los más pobres. El apostolado especial que una contemplativa vive dentro de las cuatro paredes que delimitan un espacio reservado exclusivamente al Señor está ligado al corazón del cuerpo místico de Cristo, un corazón que ama y transmite amor, permitiendo a cada uno vivir el carisma específico, su misión, su identidad, todo al servicio del Reino.

Una vida ofrecida a Dios, en unión con el sacrificio del Calvario, obtiene la gracia de poder servirlo con fidelidad, creatividad y energía, gastadas en favor de los hermanos: esta es la parte fundamental en la que radican el cuidado pastoral de las almas y la obra misionera. Una fusión de vida activa y contemplativa que tiene lugar en el corazón de quienes responden a la llamada del Señor y se desarrolla en el cuerpo místico de Cristo, en el cual los diversos miembros armonizan su misión específica, sosteniéndose y enriqueciéndose mutuamente. Así es como incluso un lugar reservado exclusivamente para la alabanza del Señor, el monasterio de clausura, se convierte en un lugar adecuado para el trabajo misionero, como un lugar de intercesión y participación orante y fraternal en los esfuerzos misioneros.

«Querría anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo y hasta las islas más remotas. Querría ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos. Pero, por sobre todo, querría, mi Amado

Salvador, derramar mi sangre por ti hasta la última gota... El *Martirio*: he ahí el sueño de mi juventud [...] porque no podría limitarme a desear un género de martirio. Para quedar satisfecha me harían falta *todos* [...] Jesús, Jesús, si quisiera escribir todos mis deseos, tendría que pedirte prestado *tu libro de vida*; allí están consignadas las acciones de todos los santos y yo querría haber realizado para ti todas ellas»².

Teresa ofreció con alegría sus sufrimientos para apoyar las vocaciones y las obras de los misioneros, y daba explicaciones a las Hermanas que observaban sus esfuerzos sin comprender las fuertes motivaciones que la llevaban a dichos sufrimientos. Teresa no se reservó absolutamente nada para sí misma durante su vida, pues su gran celo la llevó a expresar el deseo de no descansar ni siquiera después de la muerte, para poder continuar viviendo su misión por los hermanos, para llevarlos al Amor, con aún más determinación en su condición de alma plenamente unida a su Señor.

En su relación epistolar con los hermanos misioneros espirituales subraya cómo las armas apostólicas que les había dado el Señor Jesús pueden usarse con mayor facilidad en virtud de las de la oración y del amor puestas a su disposición por Teresa. Ella insiste en la belleza de *El Caminito de la Infancia Espiritual* que ha recorrido para llegar al corazón del Señor y para acercar a él a todos los misioneros y almas a ellos confiadas. En una oración particularmente densa de referencias escriturísticas, Teresa de Lisieux se dirige a Dios de este modo:

«Jesús mío, te doy gracias por haber colmado uno de mis mayores deseos: el de tener un hermano sacerdote y apóstol [...] Tú sabes, Señor, que mi única ambición es hacerte conocer y amar, y ahora mi deseo se va a convertir en realidad. Yo no puedo hacer más que orar y sufrir, pero el alma a la que te has dignado unirte con los lazos de la caridad irá a combatir a la llanura para conquistarte corazones, mientras yo, en la montaña del Carmelo, te pediré que le des la victoria.

Divino Jesús, escucha la oración que te dirijo por el que quiere ser tu

² *Ib.*, 270-271.

misionero, guárdale en medio de los peligros del mundo, y hazle sentir cada día más la vanidad y la nada de las cosas pasajeras y la dicha de saber despreciarlas por tu amor. Que su sublime apostolado se ejerza ya desde ahora sobre los que lo rodean, y que sea un apóstol digno de tu Sagrado Corazón» (*Oración de 1895*).

